

EL VIEJO CAMINO

Eduardo MAULEON

DESDE un cielo de apagado azul, el sol de mediodía vuelca, con endiablada presión, su horrible e insoportable calor, sobre este desolado paisaje.

A ratos el viento, sofocante y ardiente, da empujones al polvo del camino, lo reúne, hace remolinos con él y al instante, de un tremendo e invisible manotazo, lo pierde sobre el campo.

En un trozo del camino una hilera de chopos sombrea y alivia el pasar.

Son chopos altos, recios, con hojas colgantes que titilan, al empuje del bochorno, enseñando brillos de plata al sol.

A la vera del camino un regacho desnutrado y atascado, muestra un fondo de barro seco y lleno de grietas.

Ahí al lado, hay una charca con agua verdosa de la que surgen puñados de apretados y verdes juncos enseñando agudas puntas ya desteñidas.

Al pasar, unas ranas, sobresaltadas, se zambullen en la charca produciendo un leve chasquido al romper la quietud del agua allí estancada.

Más adelante, a los lados del camino, están los campos abandonados, yermos, agrietados, llenos de sed.

En sus extremos se amontonan piedras negruzcas puestas por alguien que, mucho tiempo atrás, se enfrentó en un tremendo y abnegado empeño de robar y aclarar un espacio de tierra en la que cultivar.

Ribazos y piedras podridas entre bojes, chaparros y encinos que, abrazados por este solazo implacable, sacan al aire caliente un tufo agobiante.

Por ahí sube, tras abandonar una estrecha vaguada, este camino de herradura; contorneando la ladera de un monte con horizonte que sólo al cielo mira.

El camino debe ser tan viejo como el pueblo que en aquel altozano duerme ya muchos años de abandono y ruina. Quizá por eso este camino, cansado de esperar el ya inútil paso de las gentes, ha ido llenando su suelo de maleza y piedra; como intentando olvidar o borrar, todo signo al fin que sirvió.

Esto es lo que del pueblo arrinconado queda. Una pequeña iglesia enseñando en su torre agrietada, las cuencas vacías de su campanario. Iglesia de bóveda hundida, con su recia y labrada piedra amontonada entre matas y arbustos dominando el interior.

Un par de casas solariegas con piedra de sillería perfilando las ruinas de sus recios paredones. Vigas colgantes y enladrilladas panzas de hornos que supieron de buen pan, ya desconchados.

Cuadras desmoronadas, hundidas, sepultadas entre malezas y tejas rotas en la que dormitan y pasean lagartijas. Y ahí queda, también, algún que otro edificio de inidentificable servicio, esparcido por el suelo.

En este pueblo desolado, en el que tan sólo se oye el monótono canto de unos grillos orillados a la sombra de una tapia vestida de hiedras y cigarras que les secundan, escondidas entre un laberinto de ramas y hojas tostadas y reseca de unos encinos, conserva una fuente. La fuente del pueblo. Una fuente ahora semioculta en un hueco horadado en la tierra cubierta de vegetación. Unas hileras de agua se dejan resbalar, imperturbables, por la desgastada pared de barro, descolgándose por unos hilos de hierba y musgo, al hueco de un tronco medio podrido, por el que el agua se deja llevar y caer, para perderse en seguida, entre matas y grietas del suelo.

El viejo y ancho camino aquí se queda. Humilde, abandonado; muerto. Tan muerto como este pueblo en el que sus ruinas dejaron hace mucho tiempo de llorar la amargura de su tremenda soledad.



RALA (Navarra)

Foto: E. Mauleón